



LA PAZ ESTÉ CON USTEDES

Domingo III de Pascua

“Jesús ya resucitado se manifiesta a sus discípulos y los saluda con aquellas palabras que emplearía en todas las demás oportunidades en las que se apareciera: La paz esté con ustedes. Los corazones de los apóstoles no son capaces de resistir tanta alegría ante la presencia del Maestro glorificado. Jesús es condescendiente y trata de ayudar a los incrédulos, mostrándoles sus manos y sus pies y aun comiendo con ellos; así los apóstoles se transforman (...). Doquiera que tú vayas, has de llevar la paz, ofrecer la paz; pero no podrás hacerlo si tú no vives en paz y vives la paz”.

(Cinco minutos con Jesús, Alfonso Milagro, Editorial Claretiana, 2a ed. 2001).



LA PALABRA

Hch 3, 13-15.17-19 | Sal 4, 2.4.7.9 | 1Jn 2, 1-5a

Lc 24, 35-48

Los discípulos contaron lo que les había pasado en el camino y cómo lo habían reconocido al partir el pan. Todavía estaban hablando de esto, cuando Jesús se apareció en medio de ellos y les dijo: La paz esté con ustedes. Atónitos y llenos de temor, creían ver un espíritu, pero Jesús les preguntó: ¿Por qué están turbados y se les presentan esas dudas? Miren mis manos y mis pies, soy yo mismo. Tóquenme y vean. Un espíritu no tiene carne ni huesos, como ven que yo tengo. Y diciendo esto, les mostró sus manos y sus pies. Era tal la alegría y la admiración de los discípulos, que se resistían a creer. Pero Jesús les preguntó: ¿Tienen aquí algo para comer? Ellos le presentaron un trozo de pescado asado; él lo tomó y lo comió delante de todos. Después les dijo: Cuando todavía estaba con ustedes, yo les decía: Es necesario que se cumpla todo lo que está escrito de mí en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos. Entonces

les abrió la inteligencia para que pudieran comprender las Escrituras, y añadió: Así estaba escrito: el Mesías debía sufrir y resucitar de entre los muertos al tercer día, y comenzando por Jerusalén, en su Nombre debía predicarse a todas las naciones la conversión para el perdón de los pecados. Ustedes son testigos de todo esto.



Con sencillez y sabiduría, el Autor rumia las lecturas de la liturgia dominical. Su mirada actual, con su calidez y cercanía, busca aportar nuevas intuiciones para interpretar y vivir la Palabra de Dios.

Pascua, tiempo de perdón

“Hay una idea que recorre las tres lecturas de este domingo. Es la del perdón de los pecados. Es un perdón que va más allá de todos los límites y que nos abre a nuevas posibilidades de vida a una nueva esperanza. Para los que han convertido su vida en un desastre, Dios abre nuevos caminos. No está todo perdido porque el Dios que resucitó a Jesús de entre los muertos es el Dios del perdón misericordioso, no el de la venganza.

La lectura de los Hechos de los Apóstoles recoge uno de los primeros discursos de Pedro a los judíos. Habla a unos sorprendidos israelitas que han sido testigos de una curación milagrosa. Y les dice que eso no es nada, que lo más importante es la resurrección de Jesús, al que ellos habían matado, que ha sido Dios quien lo ha hecho. Ese ha sido un verdadero milagro. Y lo mejor es que, en su nombre, todos nos podemos arrepentir y nuestros pecados se borrarán. En la segunda lectura, Juan afirma que todos tenemos un abogado ante el Padre, que pide siempre por el perdón de nuestros pecados. Ese abogado es Jesús. Él murió no solo por el perdón de nuestros pecados sino por los del mundo entero.

Y, en el evangelio, el mensaje del perdón se mezcla con otro mensaje que también nos llega muy adentro al corazón: el mensaje de la paz. Jesús resucitado se aparece a sus discípulos y lo primero que hace es desearles paz. No es un fantasma el que se aparece. Es el verdadero Jesús. Cuando lo reconocen, la alegría llena a los discípulos. Se quedaron atónitos. No sabían que decir. Lo habían visto muerto en la cruz y ahora lo ven vivo a su lado. Jesús les explica que todo ha sucedido tal y como lo habían anunciado los profetas. El Mesías debía padecer y resucitar. Y en su nombre se predicará la conversión y el perdón de los pecados a todos los pueblos.

El mensaje del perdón está presente, pues, en las tres lecturas. Y el evangelio corona el mensaje con la paz. El perdón trae la paz a los corazones de las personas y a la sociedad. Quizá Jesús nos esté diciendo que no hay otra forma de alcanzar la paz, la verdadera paz, sino a través del perdón. Quizá nos esté insinuando que la venganza nunca ha sido camino para alcanzar la paz sino una mayor violencia, porque la venganza solo es capaz de crear más violencia y muerte. Eso vale para las personas y para las naciones. Jesús rompe esa espiral de violencia. Cuando matamos al autor de la vida, Dios lo resucitó de entre los muertos y nos abrió el camino que lleva a la

verdadera paz. Es el camino del perdón. El perdón que recibimos generosamente de Dios y el que, también generosamente, tal y como lo recibimos de Dios, otorgamos a nuestros hermanos y hermanas.

¿Hemos experimentado alguna vez en nuestra vida cómo la violencia solo engendra violencia? ¿Conocemos algún ejemplo de lo contrario, de cómo el perdón ha podido, en un momento, dado romper la espiral de la violencia? ¿A quién tenemos que perdonar hoy? ¿De quién necesitamos recibir perdón?”.

(Y la palabra se hizo fiesta, Fernando Torres Pérez, Editorial Claretiana, 2006).



Los invitamos a orar con estas palabras de Juan Pablo II, Pastor de profunda espiritualidad y cariño especial hacia nuestra Madre, María. Ellas forman parte de una obra donde “los anhelos, las esperanzas, la sabiduría de un hombre fundamental de nuestro tiempo, recopilados con un orden temático, nos permitirán alimentarnos, día a día, a lo largo de todo el año”.

“Danos tus ojos, María,
para descifrar el misterio que se oculta
tras la fragilidad de los miembros del Hijo.
Enséñanos a reconocer su rostro
en los niños de toda raza y cultura.
María, ayúdanos a ser testigos creíbles
de su mensaje de paz y de amor,
para que los hombres
y las mujeres de nuestro tiempo,
reconozcan (...) al único Salvador del mundo,
fuente inagotable de la verdadera felicidad,
a la que todos aspiran
en lo más profundo del corazón. Amén”.

*(Los cinco minutos de Juan Pablo II,
recopilado por Gustavo Salvarredi, Editorial Claretiana, 2005).*



Compartimos un breve fragmento de una bella obra que no dejara nuestros corazones indiferentes. “El padre Sergio, que ha cultivado a lo largo de varios años una profunda amistad espiritual con Teresita dejándose guiar e iluminar por su audaz sencillez y abandono confiado, nos invita a conocer y a hacer experiencia de la misericordia del Padre de la mano de esta Santa normanda, como él mismo la llama”, comparten en el prólogo las Hermanas Carmelitas Descalzas del monasterio de la Arquidiócesis de Mendoza, Argentina.

Arrojando flores

“Amigos, estas letras no tienen sino el mismo objetivo: dejar que la vida de Teresita sea una luz que nos arranque de la conformidad, de la resistencia implacable de nuestra humana naturaleza, que nos despierte de tanta indiferencia que nos daña y nos traslade de la ley del temor a la ley del amor. En fin, al encuentro con la gracia de Jesús misericordioso. No lo olvidemos, nuestra santa ha llegado a la luz que le permite ver que Dios, precisamente porque es justo, ‘tiene en cuenta nuestras debilidades y la fragilidad de nuestra naturaleza’.

(...) El anhelo de probarle ese amor a Jesús. ¿Cómo? Según ella: arrojando flores, no tiene otro modo. ¿En qué consiste esa acción?:

Es decir, no desperdiciando ningún pequeño sacrificio, ninguna mirada, ninguna palabra, aprovechando las más pequeñas cosas y haciéndolas por amor... Quiero sufrir por amor, y hasta gozar por amor, de esta manera arrojare flores delante de tu trono. No hallare flor en mi camino que no deshoje para ti... Además, al arrojar mis flores cantaré... cantaré aun cuando tenga que tomar mis flores de en medio de las espinas. Y tanto más melodioso será mi canto, cuanto más largas y punzantes sean las espinas.

Indudablemente, amigos lectores, esos movimientos de su alma se convierten en la mejor catequesis que se nos puede dar para hacer de nuestra vida un don y una tarea que vale la pena vivir. ¡Cuánto peso carga la mochila de nuestra existencia por el solo hecho de no saber aprovecharlo todo en el amor! Claro que fácil no es, pero sí es posible. Es posible hacer las cosas no por obligación ni porque tengo que presentar una fachada exterior que termina llenándome de agobio, destrozando mi sistema nervioso, descargándolo luego en mal humor y mala disposición con los otros, etc. Tener el propio corazón lleno del fuego de la misericordia de Dios, es el fruto de que la muerte y resurrección de Jesús ‘me han rescatado verdaderamente para la Vida’. Y, precisamente, por esta razón, ahora mi vida está llamada al ‘ejercicio del amor, aún en los más pequeños actos cotidianos’. ¡Cuánto caudal de gracia de la que podemos ser portadores, como lo hizo nuestra santa! Ser, por ejemplo, como madre y esposa, como padre y esposo, hacedores de paz y armonía en la familia: evitando provocar discusiones, practicando el diálogo conyugal y, enseñando e invitando a los hijos a practicar ese diálogo, la corrección fraterna entre ellos y con sus amigos, el profundo ejercicio de perdonar. Cuánto bien podemos hacer en ese difícil pero fantástico ‘ejercicio de amar’, en nuestros trabajos. Son espacios que ocupan muchas horas de nuestra vida y, en tantos de ellos solo existe –a veces– el cordial saludo, abunda el desinterés

por lo que a otro le puede suceder, cuando es allí donde no debemos entrar en los corrientes comentarios chismosos del ambiente, intentando siempre rescatar lo mejor del otro. Por ser tan corrientes y cotidianos, corremos el riesgo de no darnos cuenta de que son un tesoro escondido con los que, con esfuerzo y entrega, podemos sembrar amor. Son innumerables los pequeños grandes gestos con los que podemos ser transformadores de los ambientes, por el poder del amor: callar a tiempo, evitar la ironía y la burla, no acumular rencores. (...) En fin, es obrar siguiendo los pasos de nuestra querida santita: *haciendo extraordinario lo ordinario de cada día*".

(Me ha dado su misericordia infinita. El amor transformador en la vida de Santa Teresita,

Sergio A. Martín, Editorial Claretiana, 2016).

SEMILLERO

En este caminar pascual, compartimos un aporte para seguir enriqueciéndonos. Forma parte del Libro Guía de una catequesis de iniciación donde la Autora, con centralidad en la Palabra de Dios, logra armonizar la vida, el juego, la oración y el compromiso. Para los catequistas, suma recursos, material formativo, pistas para interpretar las lecturas, oraciones para que rumien al preparar cada encuentro...

PARA PROFUNDIZAR LA PALABRA

El Señor no solo vive ahora para los hombres y mujeres, sino entre los hombres y mujeres. Los discípulos y discípulas sienten la presencia viva del Resucitado. Cuando hablan del Resucitado no están hablando de un personaje del pasado, sino de Alguien vivo que anima, vivifica y llena con su Espíritu y su fuerza a la comunidad creyente. *Sepan que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin del mundo (Mt 28, 20).*

El Resucitado camina con nosotros y nosotras. Es necesario saber descubrirlo en nuestras asambleas (Mt 18, 20), saber escucharlo en el Evangelio (Mt 7, 24-27), dejarnos alimentar por él en la Eucaristía (Lc 24, 28-31), saber encontrarlo en todo hombre y mujer necesitados (Mt 25, 31-46).

Además la comunidad creyente se siente llamada a seguir la misión de Jesús y descubre su rostro sufriente en tantas y tantos hermanos.

Dice el Documento de Puebla (31-39)

“La situación de extrema pobreza generalizada adquiere en la vida real rostros muy concretos en los que deberíamos reconocer los rasgos sufrientes de Cristo, el Señor, que nos cuestiona e interpela:

— rostros de niños golpeados por la pobreza desde antes de nacer, por obstaculizar sus posibilidades de realizarse a causa de deficiencias mentales y corporales irreparables, niños vagabundos -tantas veces explotados- de nuestras ciudades, fruto de la pobreza y desorganización moral familiar;

— rostros de jóvenes desorientados por no encontrar su lugar en la sociedad; frustrados, sobre todo en zonas rurales y urbanas marginales, por falta de oportunidades de capacitación y ocupación;

— rostros de indígenas, y con frecuencia de afroamericanos, que viviendo marginados y en situaciones inhumanas, pueden ser considerados los más pobres entre los pobres;

— rostros de campesinos que, como grupo social, viven relegados en casi todo nuestro continente, a veces privados de tierra, en situación de dependencia interna y externa, sometidos a sistemas de comercialización que los explotan;

— rostros de obreros, frecuentemente mal retribuidos y con dificultades para organizarse y defender sus derechos;

— rostros de subempleados y desempleados, despedidos por las duras exigencias de crisis económicas y muchas veces de modelos de desarrollo que someten a los trabajadores y a sus familias a fríos cálculos económicos;

— rostros de marginados y hacinados urbanos, con el doble impacto de la carencia de bienes materiales frente a la ostentación de la riqueza de otros sectores sociales;

— rostros de ancianos, cada día más numerosos, frecuentemente marginados de la sociedad de progreso que prescinde de las personas que no producen.”

*(Nos encontramos con nuestro amigo Jesús. Libro guía,
Marta Boiocchi, Editorial Claretiana, 2a ed. 2014).*